Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Núm. 51.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Faltriquera de mignardise para guarnicion de trage.—Hombrera de idem.—Cinturon de idem.—La Navidad.—Descripcion del grabado de modas.—El paje del rey.—Las campanillas.—Un año de matrimonio.—Revista de Cádiz.

Guarnicion

PARA TRAJE, HECHA DE MIGNARDISE (SOBREPUESTO DE GALONCILLO NEGRO.

Los adornos de pasamanería se emplean bajo todas las formas y sobre toda clase de vestido. Su precio es muy alto, y, como queremos siempre conciliar la elegancia con la economía hemos hecho preparar una guarnicion, que cada señora pueda ejecutar por sí misma en poco tiempo y con poco gasto.

Nuestras antiguas suscritoras conocen ya la labor llamada mignardise; pero debemos algunas explicaciones á nuestras nuevas suscritoras. La mignardise es un galoncito liso con piquillos. Para ejecutar un objeto cualquiera, se calcan los contornos del dibujo sobre un pedazo de papel, y se cose el galon siguiendo todos los contornos, haciendo algunos puntos en los sitios en que se cruza, y cosiendo unos á otros los piquillos cuando se tocan. En fin, se ejecutan algunos calados de encage en torzal negro de seda, á fin de llenar los vacios si estos son grandes; todos estos detalles se indican en el dibujo.

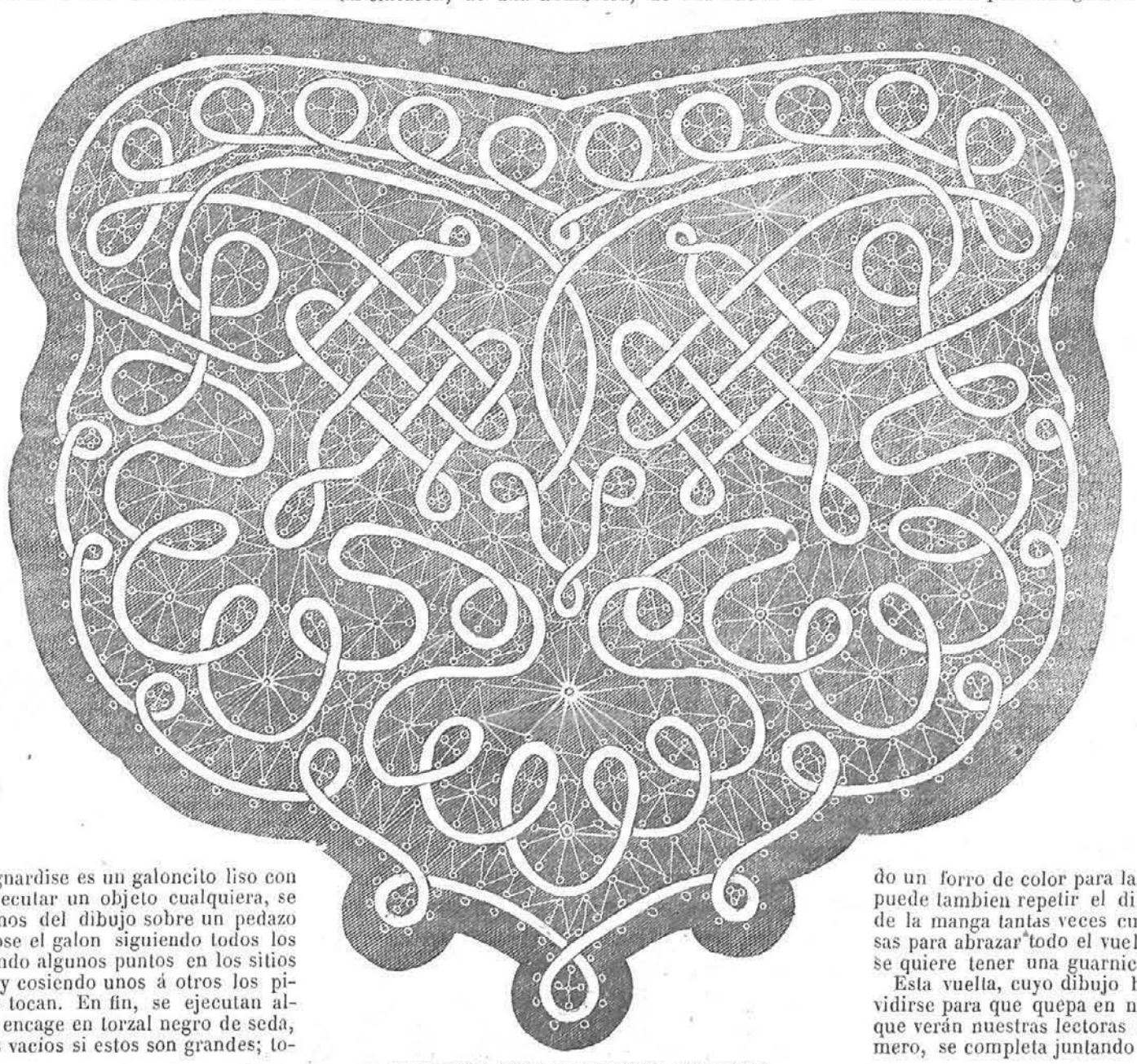
La guarnicion que publicamos se compone de un cinturon, de una hombrera, de una vuelta de manga y de una faltriquera. La vuelta de manga la publicaremos en nuestro número inmediato.

Estos adornos pueden figurar en todos los trajes de calle, cualquiera que sea su color y la tela de que se hagan, tambien se puede, siendo el traje negro, forrar todas las piezas de la guarnicion de tafetan azul turqui, verde subido ó violeta.

El dibujo del cinturon representa su mitad. La punta se coloca detrás; los bordes, algo redondeados, cierran por delante por medio de corchetes que se ponen debajo de la labor. La moda es tan tolerante que nada se opone á que se ponga la punta del cinturon delante, al revés de lo que hemos indicado.

Si se quiere poner faltriquera, será necesario forrarla, sea de color que corte, segun se ha dicho arriba, sea de tela igual á la del traje, si es que no se ha adoptado un forro de color para la guarnicion. — Se puede tambien repetir el dibujo de la vuelta de la manga tantas veces cuantas sean precisas para abrazar todo el vuelo de la enagua, si se quiere tener una guarnicion muy rica.

Esta vuelta, cuyo dibujo ha tenido que dividirse para que quepa en nuestras páginas, y que verán nuestras lectoras en el próximo número, se completa juntando las letras iguales:



FALTRIQUERA HECHA DE MIGNARDISE, PARA TRAGE.

© Biblioteca Nacional de España

A con A, —B con B. —Recomendamos á nuestras suscritoras esta clase de labor por su belleza y baratura.

LOS CARRUAJES.

Si remontando el rio de la historia tratásemos de hacer la *biografía* del carruaje, la enumeracion de sus diversas formas, de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, sacariamos en limpio esta consecuencia: que siempre se ha mirado como un honor el andar en piés ajenos; sea que con esto se haya querido indicar que el hombre grande no debe hollar el polvo que huella el miserable; ya que debe andar mas elevado, ya que el hombre tiende á encumbrarse á la altura del ángel y solo puede elevarse á la del cochero.

Y en efecto, aunque Dios no crease al hombre subido en un carruaje, ni montado en un caballo, es indudable que en sus altos fines le destinaba á tales honores, puesto que puso á su disposicion el noble corcel, el paciente camello, el manso buey y otros brutos domésticos. Andar á pié, por mas que los piés sean para andar, es propio de bajos seres.

Los ángeles nos los representan con alas; la mitología nos muestra á Apolo en un carro deslumbrante; todos esos seres que crea la imaginacion de los poetas, los genios, las hadas, las sílfides, las ondinas, los silfos y toda esa caterva misteriosa de sueños, sombras, apariciones y fantasmas, cruzan por el aire, vagan por las nubes, se deslizan por las aguas, se mecen entre vapores, cabalgan en un rayo de luna, se desprenden de las estrellas, resbalan por la yerba de las praderas: no andan. Por lo visto mover los piés, cosa que hacemos á cada paso, es cosa vil é indigna. Cuanto mas bajo y abyecto es un ser, mas se arrastra por el suelo. Por eso el héroe que se siente grande y el opulento que contempla sus tesoros, trepan sobre una carroza, y sin mover los piés ni pisar la tierra andan deslumbrantes de majestad.

Hoy las ciudades han perdido el majestuoso silencio de los antiguos tiempos. Ya no se escucha en ellas la voz del orador suspendiendo al pueblo de sus elocuentes labios, ni el rumor de las públicas conversaciones, ni el clamoreo de las aclamaciones; hoy se oye un rumor sordo, constante y monótono, un estruendo interminable que apaga las voces y los discursos. Es la voz de la civilizacion, el ruido de los carruajes que hormiguean por todas partes, que cruzan, suben y bajan incesantemente.

Coches por aquí, coches por allá. ¿Será que los humanos se han convertido en coches, ó viven en coches en vez de casas y tienen ruedas en lugar de piés? No, sino que así como un niño necesita un juguete con que divertirse, la sociedad, que solo es un gran niño antojadizo, necesita tambien un juguete con que entretener sus ocios ó satisfacer sus caprichos, y hoy el carruaje es la muñeca con que el gran niño se divierte.

Todas las pasiones, todas las cosas tienen una parte impalpable, que es la pasion misma, y otra palpable, que es su manifestacion. La presuncion se convierte en un adorno, la pereza en una butaca, la gula en un manjar, el crímen en un puñal, la vanidad hoy toma la forma de un carruaje, primera á indispensable necesidad, sueño dorado del hombre moderno.

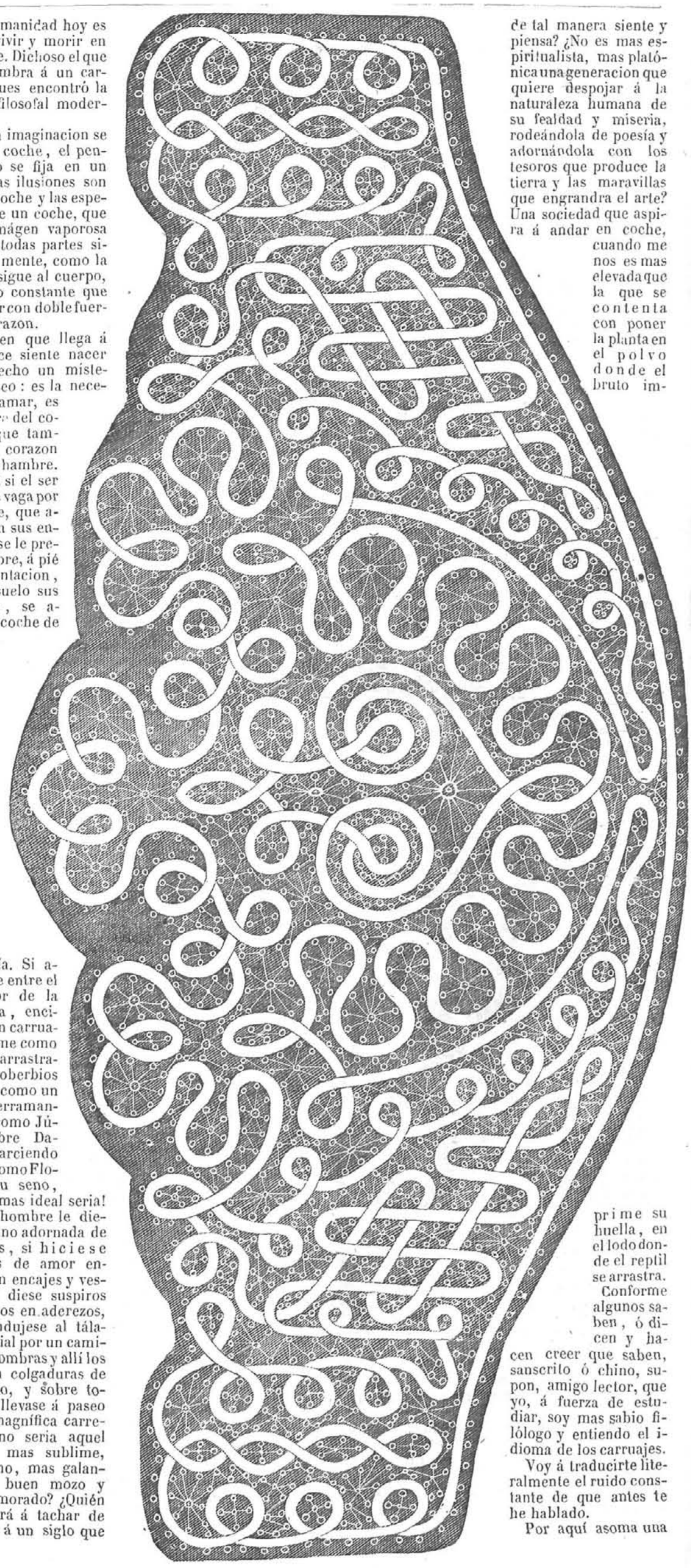
¡Un carruaje! ¡Un par de caballos! ¿Qué no se hace hoy por poseer tales tesoros?

El abogado que trabaja noche y dia sin descanso, formula sus esperanzas en un carruaje; el médico que lucha con las enfermedades y ahuyenta la muerte con el conjuro de sus recetas, ve premiados sus esfuerzos con un carruaje. El hombre de negocios aspira en sus cálculos á descifrar este enigma, á resolver este problema: ¿de qué modo de la nada, ó de un papel, ó de las piedras, puede sacarse la incógnita de un carruaje? El término de las ambiciones del dia es un carruaje. Un hombre no se considera legítimo hombre mientras no ha llegado á *echar coche*. Aunque tenga honores, posicion y condecoraciones: aunque viva cómodamente en buena casa, con buenos muebles, buena mesa y confortables chimeneas, se considera un pobre diablo si no tiene coche. Fulano tiene coche, es la fórmula con que se expresa el bienestar de una persona, pues tenerle representa el fin de su carrera á pié y el principio de la carrera en coche, que á galope, por la posta, conduce á las mas sublimes y encumbradas posiciones.

Sobre el *Ideal de la Humanidad*, Krause escribió un excelente libro. Hoy puede escribirse en un renglon lo que el filósofo escribió en un tomo: el ideal de la humanidad hoy es nacer, vivir y morir en un coche. Dichoso el que se encumbra á un carruaje, pues encontró la piedra filosofal moderna.

Hoy la imaginacion se forja un coche, el pensamiento se fija en un coche, las ilusiones son por un coche y las esperanzas de un coche, que es la imágen vaporosa que por todas partes sigue á la mente, como la sombra sigue al cuerpo, el anhelo constante que hace latir con doble fuerza el corazon.

La jóven que llega á los quince siente nacer en su pecho un misterioso deseo: es la necesidad de amar, es el hambre del corazon, que tambien el corazon tiene su hambre. Pero ¡ay! si el ser ideal que vaga por su mente, que aparece en sus ensueños, se le presenta pobre, á pié sin ostentacion, caen al suelo sus ilusiones, se apean del coche de la fantasía. Si apareciese entre el esplendor de la opulencia, encima de un carruaje, sublime como un dios, arrastrado por soberbios corceles como un héroe, derramando oro como Júpiter sobre Danae, esparciendo aromas como Flora de su seno, ¡cuánto mas ideal seria! Si aquel hombre le diese su mano adornada de brillantes, si hiciese protestas de amor envueltas en encajes y vestidos, si diese suspiros engarzados en aderezos, si la condujese al tálamo nupcial por un camino de alfombras y allí los cobijasen colgaduras de terciopelo, y sobre todo, si la llevase á paseo en una magnífica carretela, ¿no seria aquel hombre mas sublime, mas tierno, mas galante, mas buen mozo y mas enamorado? ¿Quién se atreverá á tachar de prosáico á un siglo que de tal manera siente y piensa? ¿No es mas espiritualista, mas platónica una generacion que quiere despojar á la naturaleza humana de su fealdad y miseria, rodeándola de poesía y adornándola con los tesoros que produce la tierra y las maravillas que engrandra el arte? Una sociedad que aspira á andar en coche, cuando menos es mas elevada que la que se contenta con poner la planta en el polvo donde el bruto imprime su huella, en el lodo donde el reptil se arrastra.



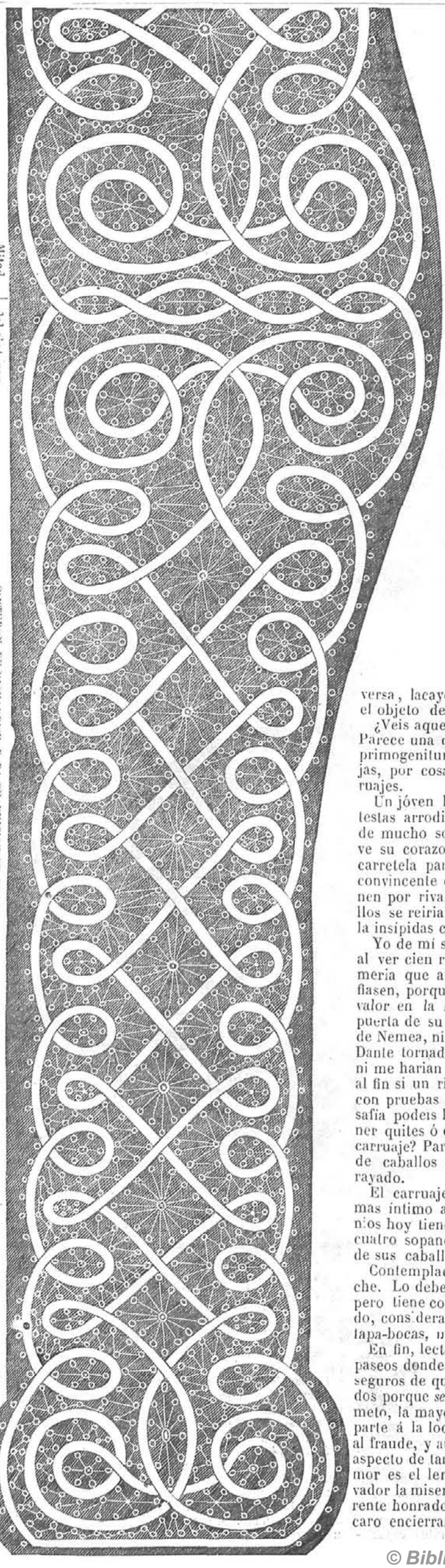
HOMBRERA (MIGNARDISE) PARA GUARNICION DE TRAJE.

Conforme algunos saben, ó dicen y hacen creer que saben, sanscrito ó chino, supon, amigo lector, que yo, á fuerza de estudiar, soy mas sabio filólogo y entiendo el idioma de los carruajes.

Voy á traducirte literalmente el ruido constante de que antes te he hablado.

Por aquí asoma una

© Biblioteca Nacional de España



Mitad del cinturon.

CINTURON DE MUNARDISE, PARA GUARNICION DE TRAJE.

elegante carretela conduciendo á un matrimonio con sus hijos. El run run de sus ruedas, traducido al castellano, va diciendo. «Este que conduzco ganó, no sé cómo, su dinero, me compró para lucirme una temporada. No piensa en asegurar una modesta fortuna á sus hijos. Rodar unos dias, halagar su vanidad, tal es su deseo, aunque mañana llore en la miseria. Es un loco: yo soy su juguete.»

Por allá viene una airosa americana ocupada por una dama elegante y solitaria. «Esta, van gritando las elocuentes ruedas, es una víctima de la ambicion. Amaba á un hombre honrado que la adoraba: llegó un millonario; el aspecto de su opulencia la deslumbró, el ruido de sus carruajes la trastornó; entregó su mano, no diré á un hombre, á esos caballos que me conducen. ¿La veis? Pues hastiada de los placeres del lujo, desdeñada de su marido, llora, llora su antiguo amor, arrastra en carruajes su oculto dolor, tapa con sedas y encajes sus remordimientos. Es una desgraciada: yo soy su atormentador.» ¡Ay, si todos entendieran el idioma de los coches!

Mirad aquel faeton conducido por un jóven. Es un demente que rodando carruajes hace rodar su dinero, sin pensar que la rueda de su fortuna se gastara y su hacienda rodará por el suelo con risa de las gentes. No le basta un coche por comodidad? ¿quién piensa en la comodidad? Necesita uno cada cuatro dias de distintas formas y condiciones. Apura todas las combinaciones de coches, grandes con caballos pequeños y vice versa, lacayos altos y bajos. En fin, el carruaje es el objeto de su culto y veneracion.

¿Veis aquella jóven? ¡Qué carruaje, qué caballos! Parece una diosa y es... una mujer que vendió su primogenitura, su honor, no por un plato de lentejas, por cosa de mas valor, por un plato de carruajes.

Un jóven buen mozo, apasionado, haciendo protestas arrodillado á los piés de una hermosa, puede mucho sobre esta, halaga su fantasía, conmueve su corazon: pero el elocuente silencio de una carretela parada á su puerta, es la mejor y mas convincente declaracion. ¡Cuántos enamorados tienen por rival un par de caballos! ¡Cuántos caballos se reirian si supiesen cuántos amantes prueban la insípidas calabazas por su causa!

Yo de mí sé decir, que enamorado no temblaria al ver cien rivales rodear al objeto amado; no temeria que armados de punta en blanco me desafiasen, porque el amor acrecienta las fuerzas y el valor en la lucha. Pero si viese un carruaje á la puerta de su casa, ni la hidra de Lerna, ni el leon de Nemea, ni las horribles visiones del infierno de Dante tornadas realidades erizarian mis cabellos ni me harian estremecer con mas espanto. Porque al fin si un rival se os presenta le podreis vencer con pruebas de amor á vuestra amada, y si os desafia podeis luchar, podeis esgrimir la espada, poner quites ó dar tajos; pero ¿qué quites poneis á un carruaje? Para un amante es mas temible un tiro de caballos que un tiro de revolver ó de cañon rayado.

El carruaje es el peor enemigo de Cupido y el mas íntimo amigo de Himeneo. ¡Cuántos matrimonios hoy tienen por base cuatro ruedas, por lazos cuatro sopandas! ¡Cuantos tienen por freno el freno de sus caballos!

Contemplad aquel personaje arrellanado en su coche. Lo debe á sus intrigas, acaso á su mala fe; pero tiene coche, y ya es todo un hombre adulado, considerado y aun buscado. Un carruaje es un *tapa-bocas, un cierra ojos y oidos.*

En fin, lectores los de á pié, si vais á uno de esos paseos donde hay mas coches que personas, estad seguros de que, aparte de los legítimamente tenidos porque *se quiere y puede*, y con los que no me meto, la mayoría se debe á la vanidad, una buena parte á la locura, varios al deshonor, otros tantos al fraude, y aun acaso alguno á la desvergüenza. El aspecto de tanto carruaje atestigua grandeza; su rumor es el lenguaje elocuente que explica al observador la miseria que bajo todos los aspectos de aparente honradez ó repugnante y desembarazado descaro encierran esas rodátiles naves cargadas de vicios enteros, virtudes rotas y honras destrozadas; que llevan riquezas para traer pobrezas. Si se medita despacio se verá que esos carruajes, al parecer tan cómodos ó inofensivos, para uno que conducen tal vez atropellan cuatro.

Suele suceder que el mundo condena los vicios en pequeño y los autoriza en grande. Desprecia por ejemplo, á la humilde meretriz, y ensalza á la que da su mano—y dar la mano no es darse entera—á un hombre, solo porque es rico y tiene coches. De esta dice: «¡Qué gran boda ha hecho Fulana!» A la otra la arroja de su seno. ¿Cuál de las dos se prostituye mas? En la cantidad de la venta está la única diferencia, por mas que muchos vistan de sedas esta verdad desnuda y la adornen de brillantes para disculpar y encubrir sus propias faltas y extravíos.

Hoy el que tiene coche quiere tener coches, y el que tiene piés aspira á tener coche. Hoy esta palabra es la mas noble, la mas útil y pronunciada, como que ella resume en sí las modernas aspiraciones. Hoy el coche es la epidemia contagiosa. ¡Feliz el que se ve atacado de ella! No llamará médicos. ¡Fliz yo si me atacara! Pero ¡ay! los *males malos* vienen pronto, y los *males buenos* rara vez llegan.

¿Porqué, pregunto yo, para andar, para visitar, para pasear, para ir al teatro, á bailes, á todo, se necesita coche? ¿Será que los hombres del dia son mas perezosos, se cansan mas, sienten mas el frio y el calor que los de antes? ¿Será que el perpétuo movimiento de esta generacion-ardilla y las dimensiones de las modernas poblaciones hacen indispensables los carruajes? No. En hora buena que se usen por comodidad; pero hoy se usan por capricho: lo de menos es el coche *como objeto;* lo de mas es el coche *como idea.* Poned para convenceros un enorme carruaje á la antigua, tirado por pacíficas mulas, y las risas, como el sol en las nubes, harán brillar los mil colores del iris de la vergüenza en las nubes de vuestras megillas.

Examinad los carruajes modernos. Se tienen por docenas, grandes, pequeños, de verano, de invierno, de primavera, de otoño, de mañana, de paseo, de noche, de caza, de campo, y pronto los habrá de mujer, de hombre, de niño y de viejo. Hoy cada necesidad, cada diversion tiene su carruaje particular, cada edad el suyo propio. Véanse si no el largo catálogo de nombres nacionales y extranjeros: clarens, breat, faeton, berlina, carretela, americana, tilburí, victoria, milord... basta, que acáso algunos pensando que es letanía, á cada nombre respondan *para nobis*, en vez de *ora pro nobis*. Estos nombres representan otras tantas formas, colores, proporciones y resistencias. Hasta hay coches imperceptibles, *coches de bolsillo*, de paja, tirados por jacas microscópicas, con lacayos liliputienses, que á tales ¡equeñeces conducen los caprichos del hombre.

Ved los caballos en palacios por cuadras, con criados para servirlos y limpiarlos, con ayudas de cámara para adornarlos: y los adornan en efecto tan bien, los ponen tan airosos y elegantes, que casi eclipsan en punto á hermosura á muchos de sus dueños. Mas feliz es hoy un caballo que muchos caballeros, tomando esta palabra en su legítimo significado.

¡Pues y los cocheros! Lujosos como príncipes, ¡con qué gravedad se ostentan en sus sublimes asientos! Casi, al ver su dignidad y apostura, dan tentaciones de sentarlos en la poltrona de un ministro. Hay quien piensa mas en su cochero que en su mujer. Hoy el cochero es un alto personaje; tiene mas blasones que su amo, pues lleva armas ducales por el cuello, por la espalda, por los bolsillos, por los faldones, en el sombrero; en fin, es una armería completa, un viviente tratado de heráldica, un archivo de nobleza, un príncipe de la sangre. Hoy el señor guia los caballos desde el pescante—tal vez llamado pescante porque desde él se pescan corazones—y el auriga, cómodamente recostado ó abrazado con sublime y cómoda gravedad al baston de su amo, es conducido por calles y paseos. Hoy el mejor caballo, es el del *groon*. Con el tiempo el hombre *fashionable* tirará del coche, el cochero guiará, y el caballo irá muellemente reclinado, dándose mas tono que un bajá de tras colas, aunque él solo tiene una. Acaso algun futuro escritor, derivándolo de coche, dará á este siglo el título de *cochino*, lo cual seria una grave injusticia é imperdonable ofensa, de la que sin embargo no podremos defendernos los que entonces seremos el polvo que levanten las ruedas de sus coches, si por entonces los usan.

Si descendemos á la honda filosofía de los quiero y no puedo coches de lujo, á las vastísimas consideraciones acerca de los universales *Simones*, asilos de tantas intrigas, de tantas personas de tan diversas condiciones; si hubiéramos de escribir un tratado sobre la inmensa significacion que encierra

© Biblioteca Nacional de España

una simple tarjeta con un *se alquila*, emblema de esta sociedad tan amiga de los alquileres y ventas, antes se habia de cansar de leer que mi mano de escribir, *verdades en camisa poco menos que desnudas*, como dice Quevedo.

Si alguien quiere saber el sentido de estos renglones, lo sabrá en pocas palabras: Que en la rodátil locura que nos aqueja, hemos forjado un ídolo que adoramos todos: es el *coche*; ídolo-Proteo, imágen de sus adoradores, ídolo con sus templos y sacerdotes, y en cuyo culto se emplean diariamente inmensas sumas; ídolo forjado por el capricho mas que por la necesidad.

La sociedad es un gran coche, las pasiones los caballos, adornados, pero sin freno, que la arrastran por el camino de la perdicion. La moda, ó mejor dicho la locura, es el nuevo y arrogante Faetonte que la guia, y así vá ello.

Las pasiones pues guiadas por la locura, ¿dónde podrán llevarle mas que á un abismo en que ha de hacerse pedazos? Dia vendrá en que las futuras gentes, al ver las astillas dirán: *che la diritta via era smarrita.*

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

LA NAVIDAD.

Entre todas las fiestas consagradas por el cristianismo ninguna hay mas risueña, mas alegre, mas tierna que la de Navidad.

Es el dia conmemorativo del nacimiento de Cristo, es la fiesta de la familia, porque el Salvador del mundo ha dicho: *Dejad venir á mí á los niños.* Hay sin duda en nuestra religion solemnidades mas imponentes, como la de la Pascua, la de Pentecostes; pero no hay ninguna que tenga un carácter mas íntimo y mas alegre. Este dia parece señalar una tregua á las discordias, á las penosas tareas de la vida; él recuerda á los ricos que hay pobres, él recuerda á los pobres que el Hijo de Dios quiso nacer entre ellos, quiso vivir con la propia vida de ellos, quiso en fin revelarles las alegrías del sacrificio y los consuelos del trabajo.

No hay palacio, no hay choza en toda la cristiandad donde semejante dia pase desapercibido; todos lo celebran, conformándose á los usos tradicionales que les legaron sus antepasados é inspirados por el carácter particular de cada país. En Francia, durante la edad media, se representaba en las iglesias una especie de pieza dramática con decoraciones y escenas. Se veia el establo, el pesebre que sirvió de cuna al Señor, á la Vírgen inclinada sobre su Hijo, á San José, á los magos, etc. El gusto, al depurarse, condenó y suprimió semejantes espectáculos; pero ellos subsistieron aun por bastante tiempo en España.

De todas estas diversiones solo se ha conservado la cena, que tiene lugar despues de la misa de media noche. En muchas poblaciones de Francia, los niños acostumbran aun poner en el hogar un zapato, para recibir los regalos que *la señora Navidad* suele venir á traerles. Este personaje fantástico, con ansia esperado por ellos, permanece siempre invisible. Se ponen no á dormirse, pero su sueño puede mas que la curiosidad, y sus ojos se cierran por mas esfuerzos que los tales veladores hagan para tenerlos abiertos. Por lo demás, la señora Navidad suele ser maliciosa, y algunas veces trae presentes emblemáticos que simbolizan algun defectillo del niño, ó bien algunos instrumentos coercitivos, que hacen alusion al castigo que por hechos pasados y recientes pudo merecer, y que se representan por unas disciplinas ó por alguna palmeta.

La Navidad es la mayor fiesta de Alemania, y ningun país cristiano ha sabido dar á este dia un carácter mas poético y mas tierno. Desde el palacio del monarca hasta la mas humilde cabaña, se adornan, la víspera de Navidad, con *el árbol de Cristo*.

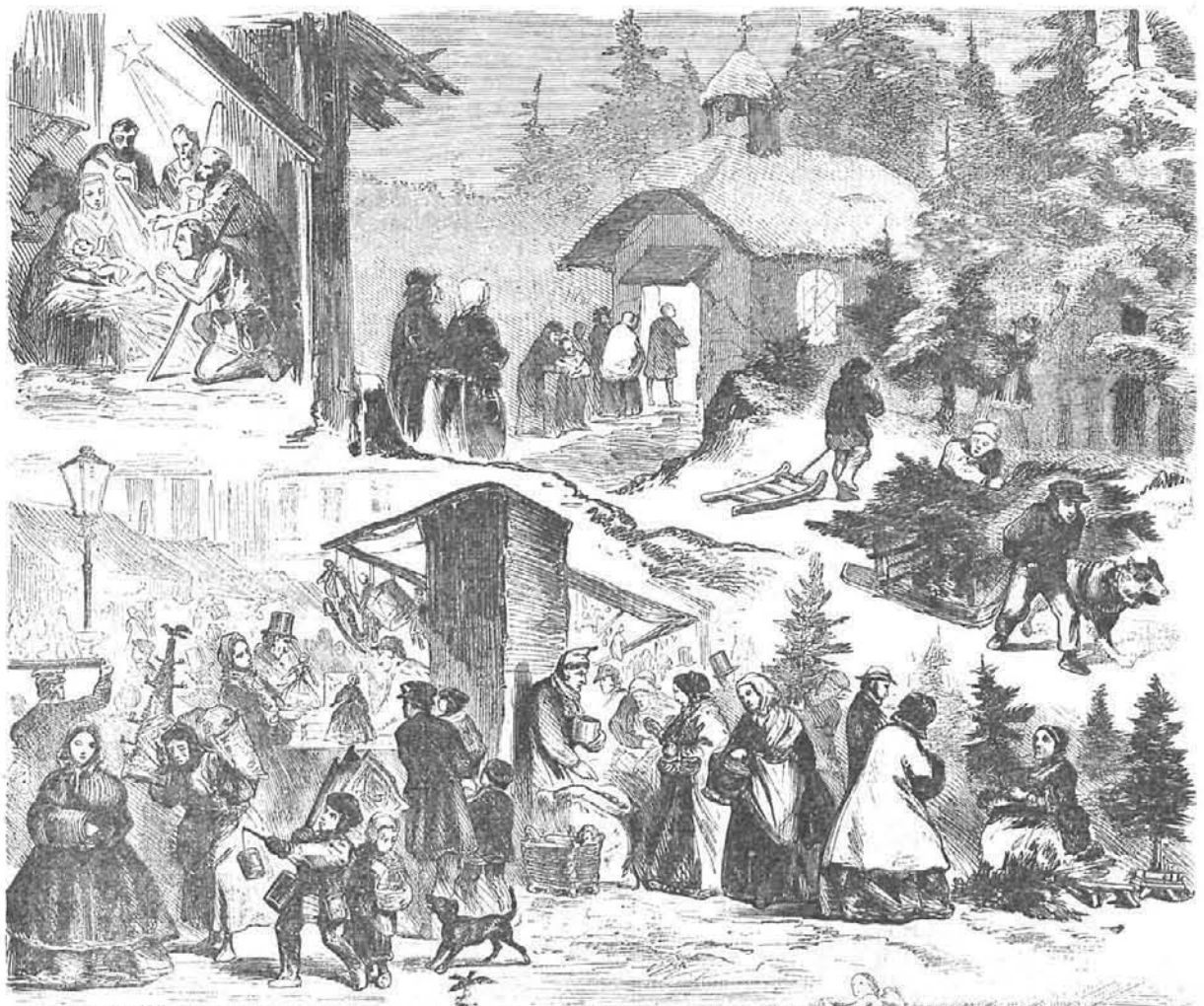
Se escoje una gruesa rama de abeto, ó hasta si se puede un árbol entero, y se llenan todos sus ramos de bujías de colores, de frutas y de dulces. Los regalos de año nuevo se distribuyen en Alemania por Navidad, y, en cuanto lo permite la naturaleza de ellos, se cuelgan del árbol iluminado. Si sus dimensiones ó su peso se oponen á que se suspendan de los ramos por medio de cintas

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO PARA COMIDA DE CONVITE. Trage de muaré ANTIQUÉ gris perla, con BRILLOS color sobre color; lo bajo de la enagua vá guarnecido con un volante encañonado y estrecho (á 5 centímetros de ancho) cuya cabeza es un estrecho encage; sobre él serpea una tira de muaré ANTIQUÉ blanco, cubierta por un entredos de encage negro, á la que rodea por ámbos bordes un encage estrecho puesto plano; en el hueco de cada onda se ven seis hojas detamaño gradual de muaré ANTIQUÉ blanco, con su orilla de encage negro estrecho, sujetas por botones de terciopelo negro; corpiño semi-montante con honesta de encage blanco, Cinturon de cabos largos anudado por detrás.

TRAGE DE POPELINA AZUL MÉJICO. Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante estrecho, encañonado, de tafetan negro, sobre el cual hay unos arabescos de terciopelo negro, orillados por todas partes de trencilla blanca; chaqueta igual al trage; cinturon con arabescos; tambien están indicadas por arabescos las faltriqueras.

© Biblioteca Nacional de España



de colores vivos, se los coloca debajo y á su sombra. A los niños se les encierra en una habitacion lejana, y cuando llega la hora se les dá suelta, á fin de que se precipiten hácia el árbol. Los regalos se distribuyen y se cambian, y por todas partes resuenan los gritos de sorpresa y de alegria.

Los años, al pasar sobre estos recuerdos de la infancia, no pueden ni borrarlos ni atenuarlos, porque los placeres que señalaron aquel dia no fueron puramente egoistas: cada familia prepara para otras familias mas pobres ropas de abrigo y útiles regalos. Los niños, que han tomado parte en aquellos preparativos, que por lo comun han trabajado tambien en ellos, se conquistan así, por el ejercicio de la caridad, el derecho de experimentar los goces que ella proporciona.

Paris, que es la ciudad cosmopolita por excelencia, y que cuenta además en su poblacion cerca de cien mil alemanes, Paris, decimos, ha tomado de la Alemania esta fiesta de familia y cada año se vé aumentar el número de los árboles de Navidad. Su uso se ha introducido en la alta sociedad por los embajadores alemanes, que acostumbran convidar á algunas personas á esta reunion, esencialmente patriótica para ellos. Su ejemplo se ha propagado, y varias familias organizan la *Suaré* de Navidad. Este uso es excelente y debe fomentarse.

Nuestro grabado representa algunas de las escenas que se refieren á esta fiesta. Domina el cuadro un grupo de ángeles que se cierne sobre el mundo, y cuyos rayos iluminan la humilde iglesia de una aldea y los techos de las vecinas chozas. Se vé en seguida el establo, y en él los pastores arrodillados ante el Niño Dios. En el inmediato compartimiento, los fieles se dirijen á la iglesia.— Los leñadores cortan en el bosque, cubierto de nieve, las ramas de abeto que han de emplearse para la fiesta. Mas abajo se presentan las tiendas de juguetes, los afanados marchantes, los pobres socorridos. En fin, vemos á una feliz familia reunida al rededor de una mesa cargada de presentes, á la que sirve de último término el árbol de Cristo. Uno de los niños hojea, sobre las rodillas de su abuela, el libro de estampa que acaba de regalarle, mientras que otro mas pequeño se refugia en los brazos de su hermana; atemorizado con la vista de aquel disfrazado personaje que para asustarlo se entra por sus puertas á ofrecerle un juguete, mientras esperaba ver asomar por ellas á la esperada señora Navidad en persona. El padre y la madre, apoyados sobre el respaldo del sillon de la abuela, contemplan con interés esta escena. Completa el cuadro una familia pobre, recibiendo los dones

© Biblioteca Nacional de España

que la caridad le destina, como el mas digno medio de solemnizar esta gran fiesta del cristianismo.

S. R.

EL PAGE DEL REY.

(Conclusion.)

Ya habia corrido por Montaigu la noticia de este acontecimiento, cuya poblacion, como todas las del Oeste, habia abrazado la causa de los revolucionarios.

VII.

En esta época en que aun no se habia borrado del corazon de sus habitantes ni de la tierra, aquí y allá cubierta de humeantes ruinas, el recuerdo de tantos vejámenes y sufrimientos, se abria entre los dos partidos un abismo insuperable de odio. Solo el odio ardia en todos los corazones: ni perdon ni piedad podia esperarse. Loco y arrebatado se precipitó al camino el populacho de Montaigu á esperar la llegada de los presos.

¿Ois ese rumor y esos gritos siniestros? Ved aquella oleada de gente que rueda al rededor de esa carreta y con ella entra en el patio del hospital. El tumulto aumenta: una nube de sangre se vé brillar en los ojos de todos los espectadores... ¿Qué van á hacer? no me atrevo á concluir... De repente se abre una puerta y una mujer vestida de azul y blanco se lanza fuera gritando:

—¡Deteneos! ¡deteneos! ese herido me pertenece.

Esta era una humilde hermana de la Caridad. Los hombres mas fanáticos se detienen á su voz; los gendarmes cargan sobre ellos y les hacen desalojar el patio.

Le bajan de la fatal carreta, y cuando sus piés tocaron la tierra, se dobló bajo el peso de un indecible dolor. Un grito, única victoria del cuerpo sobre esta alma heróica, se escapó de su pecho acompañado de una bocanada de sangre.

Trasladado á la sala le desnudaron completamente creyendo encontrarle algun escrito importante; pero en vano, pues cuando oyó que los soldados cercaban á la Goyere, este conspirador, que aun no tenia veinte años, antes de pensar en huir destruyó con los dientes todos los papeles que pudieran comprometer á otros. No habiéndole encontrado documentos de esta especie, le quitaron lo que mas amaba, y manos sacrílegas se lo repartieron entre sí; una cartera con un rizo de un príncipe real, talisman impotente que la bala habia quemado atravesando por él; un pedazo de la bandera de la Garde, y la sortija de paje con tres flores de lis en el centro.

Ni una palabra murmuró; pero cuando en el brazo derecho le descubrieron un brazalete que siendo niño se lo puso para no quitárselo sino despues de muerto, su corazon se estremeció. No fueron oidas las súplicas del moribundo, y de sus indefensos brazos fué arrancada tan estimada joya.

Los señores Trastour, médicos del hospital, reconocieron las heridas abiertas hacia ya doce horas; eran mortales. Comprendiendo al mismo tiempo que el herido tenia valor para saber su terrible sentencia, se la intimaron, y él la oyó sin sorprenderse. Se preparó pues á morir, y conservó su tranquilidad hasta el último instante.

Dios tuvo piedad de esta víctima que espiraba lejos de su familia.

En la agonía volvió á aparecer aquel ángel que momentos antes habia disputado al enfurecido populacho sus últimos suspiros. Esta jóven, á quien Dios habia dado un corazon de madre, le llevaba un cordial. Antes de beberlo le preguntó el herido lo que era. Ella creyendo que en la fuerza del delirio temia que lo envenenasen, vertió algunas gotas en la palma de la mano, humedeciendo con ellas sus labios.

Luis bebió sonriéndose y apretó entre sus manos la de la jóven; ángel de bondad que recojió piadosamente su último suspiro. Ella fué quien le cerró los ojos, y con sus ahorros costeó un humilde ataud.

Mientras tanto, la guarnicion de Montaigu exasperada por la muerte de su camarada Rivail, se agolpaba á las puertas del hospital con el odio en el corazon y la venganza en los labios. ¡Qué contraste! En un lecho inundado de sangre estaba tendido un hombre casi niño, de blonda y sedosa cabellera, de hermoso rostro, iluminado ya por los reflejos de la muerte, con una melancólica sonrisa que vagaba errante en sus descoloridos labios, de donde no salia una sola queja.

La hermana en su lenguaje sencillo y natural le preguntó:

—¿Amas al rey?

—Por él muero, contestó el herido.

—¿Defiendes á Luis?

—Sí.

—Yo no le conozco, prosiguió; tu muerte será gran pérdida para tu partido.

—Eso no: será un hombre de menos, le respondió Luis.

Tanta nobleza admiró á los soldados, y los enemigos se hicieron indiferentes y los indiferentes amigos.

—Soy un soldado como vosotros, dijo á los que rodeaban su lecho.

Por la tarde todos eran ya sus amigos. Uno de ellos, su vecino de cama, bañado en lágrimas decia al dia siguiente:

—Tal vez haya visto morir veinte mil soldados, y este ha muerto como el mas valiente.

Hora fatal de las guerras civiles en que los hombres no se cuidan de la vida; en que el vencido debe dar cuenta al vencedor de cada instante de su agonía.

Como ciervo herido á quien persiguen sin descanso los lebreles, así fueron los últimos instantes de Luis de Bonechose, cara á cara con el juez de Montaigu.

Este que todo el dia habia estado ausente, acompañado de toda su cohorte de esbirros, acababa de sentarse al pié del lecho mortuorio.

Entonces entre la debilidad y la fuerza, entre la muerte y la vida, se trabó una encarnizada lucha: el interrogatorio de la justicia. Un signo, una palabra arrancada de una manera inquisitorial, hubiera podido entregar los hilos del complot y perder á todo su partido; pero en esta prueba suprema donde podia obtener su perdon se mostró todo lo grande que era este desconocido héroe.

A las preguntas que le hicieron sobre sus proyectos y relaciones, opuso el mas profundo silencio. Toda la habilidad de este magistrado se estrelló ante la losa de la tumba.

Declaró que hizo fuego porque se vió amenazado y habia jurado no rendirse; que él solo era el culpable; que sus huéspedes nada sabian de sus proyectos. Todo esto lo dijo con la misma cortesanía que si hubiera sido en una conversacion particular.

A las dos horas se sintió desfallecer y rogó que suspendieran el interrogatorio, no pudiendo firmar á causa de la debilidad que tenia.

—Hasta mañana que prosigamos, le dijo el juez.

—Con mucho gusto, le contestó, si es que vivo.

Un venerable y sabio sacerdote, el abad de Sidoli, párroco de Montaigu, acudió solícito á su llamamiento, separándose del lecho mas conmovido que el que en él quedaba radiante de fe y de esperanza. ¡Qué confesion debió salir de aquellos labios espirantes! ¡Qué expresiones de perdon, de amor le contestaron!

Solo Dios que las inspiró lo sabe, porque el anciano no tardó en seguir á la tumba á su penitente.

Volvió al otro dia á llevarle los consuelos de la religion, pero ya no existia.

Su fin se aproximaba con rapidez; llegó el crepúsculo vespertino, y un hombre envuelto en una capa se presentó en la puerta del hospital preguntando por Sor Fanny, la hermana de la Caridad, y se enteró con mucho interés del estado del herido. Asegurado que era la misma por quien preguntaba, la reveló el proyecto que tenian los facciosos de llevarse á viva fuerza al herido y trasportarle á lugar seguro aquella misma noche.

—¿Qué vais á hacer? le contestó la hermana. ¿Quereis abreviar la vida de vuestro amigo?

—¿Se ha perdido toda esperanza? le preguntó el desconocido; y á la respuesta afirmativa de la hermana añadió:

—Jurad sobre vuestro crucifijo que decís verdad.

Ella juró y el hombre desapareció sin detenerse un instante.

Vino por fin la noche. Tanto dentro como fuera del hospital todo era silencio y soledad. Solo alumbraba al viejo edificio la lámpara que ardia á la cabecera de una cama. Frente á sus pálidos reflejos se descubria un gran crucifijo enclavado en la pared y debajo un altar donde al ser de dia debia oirse el cántico de los difuntos.

Tendido en la cama, sin otro confidente que aquel ángel de caridad que velaba á su cabecera, ofrecia su alma á Dios.

Este intrépido soldado lloró; tristes lágrimas brotaron de sus ojos velados por la sombra de la muerte... ¿Lloró por su existencia segada en la flor de su edad, ó porque recordaba los sueños de gloria, de amor, de felicidad, todo lo que se ama y se sueña á los veinte años?...

..... Tenia una madre... ¡oh muerte! hé ahí tu ambicion... ¡oh tumba! hé ahí tu victoria...

—¡Madre mia! ¡madre mia! ¡perdóname, exclamaba; muero por mi Dios y por mi rey!...

El nombre de su madre no se separó un instante de sus labios. Tambien deploró la muerte del soldado de la Goyere, que quizá como él tendria madre.

Era la media noche, y volviéndose á la hermana con aquella dulzura que conservó hasta el último instante, la dió gracias por sus tiernos cuidados.

Su último pensamiento fué para la viuda de Goreau.

—¿Qué ha sido La Goreau? ¿han puesto en libertad á su hijo? preguntó.

Se durmió al fin murmurando dos nombres; pero con un sueño agitado por el delirio, hasta las tres y media que despertó. Sus primeras palabras fueron para su madre á quien llamó como un niño al despertar:

—¡Madre! ¡madre... muero por mi Dios, muero por mi rey!

Tales fueron las últimas expresiones que le oyeron en la tierra. A las cuatro de la madrugada esta alma de fuego habia dejado para siempre el mundo.

Al rayar el alba, hora escojida para evitar la profanacion de estos nobles restos, cuatro hombres seguidos de un sacerdote, conducia el cadáver al cementerio en unas humildes parihuelas.

Allí en el rincon de los pobres, algunos paisanos y soldados rodearon su fosa. Cuando quedó desierto el lugar de la sepultura, algunas mujeres de la Vandé que de lejos les habian seguido, vinieron á arrodillarse sobre aquella tierra que cubria los restos de un héroe.

B. DEL B.

LAS CAMPANILLAS.

Flores de la infancia mia,
Campanillas de diciembre,
Si no os cuento mis tristezas,
¿A quién será que las cuente?

No penseis que hayan podido
De la vida los reveses
Arrancaros de mi alma
Ni apartaros de mi mente.

No será que yo me olvide
De vosotras por silvestres,
Por lejanos de los sitios
Donde os ví la mar allende.

¡Qué mañanas tan risueñas,
Qué airecillos tan alegres
En los campos de mi patria
Disfrutamos juntamente!

En las faldas de aquel cerro
Que á la mar la vista tiende,
Del honor patrio atalaya,
Y guardian de sus bajeles;

Parajes en que á despecho
Del infiel nombre que tienen
En vez de la *media-luna*
La santa Cruz resplandece;

Allí fué donde nos vimos
Para luego amarnos siempre,
Vosotras las bellas flores
Y yo el soñador en cierne.

Iba yo niño y perdido
En pos la cristiana gente
Que á celebrar acudia
Las navidades alegres:

Vosotras salíais de gala
A dar, mensajeras fieles,
Al Dios-niño en sus natales
Aguinaldos de diciembre.

Nadie entonces se cuidaba,
Como indiferentes seres,
De aquel inocente niño
Y aquellas flores campestres.

Mas pasaron esos tiempos
Y sus fiestas y placeres,
Y todo lo hundió el olvido
Como en silencio de muerte;

Y hoy del niño y de las flores
Hay memoria solamente
En el canto con que él paga
La inspiracion que á ellas debe.

Campanillas de los montes,
Que con las brisas que os mecen,
Por montañas y por valles
Desde vuestras torres verdes

Echais á vuelo las nuevas
De que ya las pascuas vienen,
Y os las estais celebrando
Hasta que llegan los Reyes:

Pues que sois mis favoritas
En zarzales y en vergeles
Y fuisteis desde mi infancia
Mis mejores confidentes,

Bien quisiera que la historia
De mis tristezas oyéseis,
Que partidas con vosotras
Lograra que menos fuesen:

Y porque, si no á vosotras,
¿A quién será que las cuente,
Cuando nadie de los tristes
Ni se cuida ni se duele?

Mas pues venís tan ufanas
Con vuestras nuevas alegres,
Y pues cuando todos rien
No está bien que otro se queje,

Ahogaré mis desventuras,
Y diré al viento que seque
Las lágrimas que he vertido
En vuestro cáliz silvestre.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

© Biblioteca Nacional de España

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Mientras Rodolfo hablaba así, la mirada del coronel se habia dirijido hácia la ventana; corrió á ella, la abrió, y al extremo de una de las alamedas vió asomar al conde.

—Mirad, exclamó Hermann.

Adriano se paseaba pensativo con la cabeza inclinada sobre el pecho, y se dirijia lentamente hácia la casa volviendo la espalda al pabellon; dieron las siete, y todos se estremecieron, excepto el paseante solitario, que sin interrumpir su marcha desapareció bajo la bóveda del Rosenborg.

XXVII.

Rodolfo así que salió del pabellon corrió á su cuarto; habia en esto un enigma cuya solucion le importaba saber: comprendia confusamente que en el fondo de todo ello descubriria un secreto doloroso para él, pero queria penetrarlo. Abrió la puerta y entró en el aposento en donde habia encerrado á Julia, y la encontró sentada en un sofá, fresca y alegre, sin tener en su rostro risueño ninguna señal de lágrimas, ni ninguna expresion de inquietud. Se hallaba contemplando figurines de modas y jugaba con el ramillete de flores que Rodolfo habia dejado sobre la mesa; al oir los pasos de su marido, tomó la actitud de una persona que no sabe aun qué partido tomar en presencia de las circunstancias que puedan producirse.

Julia, exclamó Rodolfo, espero una explicacion: ¿qué teneis que decirme?

—¡Yo! ¿Qué puedo tener que decir?

—No trateis de engañarme; debeis comprender por fin que las niñerías han pasado para no volver nunca. ¿Qué pensais hacer? El conde Adriano se rie ahora de vos ú os desprecia.

—¡El conde Adriano! exclamó Julia con una carcajada sonora; ¡lo ha creido todo! ¡Oh! ¡mi amado Rodolfo, insensato, celoso! ¡Oh! ¡sabios maridos que os creeis tan superiores á las mujeres en prevision y en sabiduría! Has de saber, Rodolfo mio, que te he llevado adonde queria verte; que tu Julia no ha hecho mas que jugar, á fin de repetirte despues, y sin descanso, que eres el mas feliz y amado de los hombres.

Y como la risa le atacara de nuevo, tuvo que interrumpirse.

—Pero ¿qué tienes, Rodolfo? ¿porqué no te ries conmigo? ¿porqué permaneces ahí clavado como una estátua? Dame tu mano, hombre celoso y engañado en tus sospechas; el conde no ha recibido ninguna carta mia, porque no le he escrito jamás, porque no daria uno de tus cabellos por toda su persona; pero despierta, ¡estás en el paraiso!

—Basta, exclamó Rodolfo de repente, ¡silencio!

La jóven retrocedió; por primera vez en su vida vino á comprender que perdia su influencia, y que Rodolfo se desprendia con dolor, pero con firmeza, de los lazos en que le habia ligado tanto tiempo.

Se encontraba allí delante de ella, pálido, meditabundo y grave, arrancando con esfuerzo de su corazon débil pero noble, aquel amor indigno que le habia poseido hasta entonces, y no adivinó aquel gran combate en el cual todo su destino estaba en juego; al verle silencioso le creyó calmado.

—Rodolfo, le dijo con su tono mas seductor, ¿cómo puedes mostrarte tan duro con tu pobre Julia? Sabes que soy una locuela, pero te amo con todo mi corazon, y lo que he hecho no ha sido mas que para probártelo.

—No trateis de justificaros, dijo Rodolfo con una gravedad dolorosa, lo he comprendido todo, y os conozco en este instante mejor que en un año de union. ¡Oh! ¡mujer mas culpable por vuestra criminal ligereza que por un amor profundo aunque ilegítimo! De manera que os habeis burlado de mi dolor: habeis podido verle y continuar vuestro papel impio ¡me habeis atormentado sabiendo cuáles eran mis padecimientos y os habeis reido! No empleeis mas conmigo aquellos medios que en otro tiempo os servian para hacer vuestro gusto, pues en adelante habrá un abismo entre los dos que ha sido abierto por mi desprecio.

Julia se levantó con presteza y se fué á Rodolfo. Al oir estas palabras, la insubordinacion inherente á su carácter se habia despertado en ella; pegó en el suelo con su pié, dando muestras de un despecho que no tenia nada de simulado ni de gracioso, y exclamó:

—¡A fe mia, que te has vuelto loco!

—¡Quizá, contestó Rodolfo volviendo de repente á su flaqueza; pero lo que soy á vos lo debo, tenedlo muy presente: os burlais ahora... mas tarde, cuando veais pasar á vuestro lado á un hombre envejecido antes de tiempo, insensato, como decis, insensato por la traicion de que ha sido víctima; cuando la mirada de los indiferentes le siga con compasion al propio tiempo que digan: ¡Pobre loco! entonces se acabarán vuestras burlas. Pero ¿porqué esperar una demencia que se apodere de mí? Vos, que ibais á cargar con el peso de un crímen tan tan grande, estais exenta de escrúpulos... sin embargo, lo que os perseguirá no será la compasion que concedan á un marido engañado, será el desprecio público, el horror universal que inspira una mujer pérfida...

Y se lanzó hácia la ventana, pero antes de llegar á ella le faltaron las fuerzas á su desesperacion, y cayó en el suelo sin movimiento.

La noche de aquel dia fué muy lúgubre en el Rosenborg. En el momento de tomar el té, todos sus habitantes, excepto Rodolfo, que no habia podido salir de su cuarto, se encontraban reunidos.

Hermann, inquieto y sorprendido aun, no sabia qué actitud tomar respecto de Lavinia que ofendida y séria no habia podido explicarse la escena del pabellon. El conde parecia tambien muy pensativo y no intentó romper el silencio que reinó durante la comida, pero en el momento en que se levantaban de la mesa, y cuando Lavinia, Hermann y Adriano se encontraron solos, pues Julia les habia dejado, el conde dirijiéndose á Lavinia, la dijo de modo que lo oyera su esposo:

—Una casualidad que no puedo explicarme ha hecho que venga á mí una carta que destinábais á vuestro hermano; cayó á mis piés en el instante que pasaba por debajo del balcon, y en vano os he buscado hoy para entregárosla.

Y al decir esto, la presentaba el billete que habia visto Hermann aquel mismo dia en el cuarto del conde.

La jóven alargó su mano.

—¿De modo que no habeis dudado un instante que esta carta fuera para mi hermano? exclamó con lentitud y clavando la vista en su marido.

Hermann que la miraba, tuvo que bajar los ojos.

—Llegó á mi poder de una manera tan extraña, que la abrí, repuso el conde riendo; debí creer que me estaba destinada y la leí, aunque ahora lo siento mucho, porque era una carta intima y un tanto misteriosa.

—¿Y quién os probaba que no se dirijia á vos? continuó Lavinia sin apartar su mirada de Hermann; ¿y porqué no habeis acudido á la cita que se daba en ella?

El conde alzó los ojos sorprendido, echó una rápida mirada primero á Lavinia y luego á Hermann; vió en el semblante de aquella una resolucion firme, en la del coronel la súplica de un arrepentido, y comprendió vagamente que habia sucedido alguna cosa.

—Para aprovecharme de semejante error, dijo con una sonrisa, habria yo necesitado ser mas fátuo de lo que soy, y vos menos allanera.

—Os conoceis y me conoceis perfectamente, dijo Lavinia con la mayor serenidad.

Y luego volviéndose hácia su marido, exclamó:

—Ya os acordareis, Hermann, de lo que os ha dicho Rodolfo, exclamó presentándole la carta.

El coronel la tomó, y desgarrándola repuso á media voz:

—Lavinia, perdonadme.

La jóven salio del salon y se fué á á buscar á su hermano; algunos instantes de reflexion la habian hecho comprender que aquella carta, que acababan de entregarla, habia debido ser hallada por su marido en el cuarto del conde cuando se disponia á salir con ella, y las preguntas que habia dirijido á Adriano no habian tenido mas objeto que el de hacer comprender á Hermann que habria debido conocerla mejor y no abrigar semejantes recelos; pero el amor la poseia ya tan completamente, que aquella señal de celos no pudo debilitarle en lo mas mínimo; el amor continuó dominando en su corazon, turbándole con pensamientos de felicidad ó con temores dolorosos, pero disponiendo tambien de todas las impresiones que en él se cruzaban.

Un solo punto quedaba oscuro para ella; ¿cómo su carta habia llegado á poder del conde? ¿porqué motivo se habia escapado de manos de Rodolfo?

Se hallaba cerca del cuarto de su hermano y entró; le halló pálido y abatido; un dolor profundo, la conviccion de la indignidad de Julia, habia arrebatado en un solo instante á su viva naturaleza toda la elasticidad que constituia su fuerza, acojió sin placer como sin impaciencia los consuelos que Lavinia trataba de ofrecerle, y cuando le dijo que tuviera valor, que de los males mas terribles nos cura el tiempo, Rodolfo respondió:

—Quizá, pero mis alegrías se han concluido para siempre; yo estaba hecho para la confianza y el amor, y la confianza y el amor acaban de morir en mí; no hay duda que viviré, pero tristemente; la dejaré todo lo que quiera, todo lo que necesite, pero nos separaremos, pues yo no puedo vivir mas así, la poca razon que me queda se desvaneceria; en fin te tendré á ti, Lavinia.

Inclinó su cabeza y apoyó sollozando su hermosa y pálida frente sobre el hombro de su hermana, y esta comprendió en efecto, que aquel pesar era incurable. Sin embargo, dudaba de la firmeza de su propósito, y no podia creer en la posibilidad de una separacion. Al dejarle fué á ver á Julia, que habia recobrado toda su serenidad, y que á la palabra de separacion pronunciada por Lavinia, exclamó:

—¡Oh! Seguramente no pongo en duda vuestra buena voluntad para llevar las cosas á ese punto, pero aun no habeis conseguido la victoria.

—Julia, ¿cómo podeis hablar con tal ligereza en un momento de angustias tan crueles? Creedme: si aun os queda alguna probabilidad de ser perdonada, está en un sincero arrepentimiento acompañado de largos testimonios de afecto y abnegacion.

—¿De veras? Pues habeis de saber qué no cuento meterme monja. ¿Qué culpa tengo yo de que se haya formalizado por una chanza inocente?

—¡Una chanza! ¡Oh! Julia ¿y habeis podido ver sin que se despedace vuestro corazon á un hombre de tan suave naturaleza presa de los dolores mas acerbos? ¿cómo habeis podido continuar un juego tan horrible? ¿no hay nada en vuestra alma que proteste contra la indignidad de tal accion? Cuanto mas pienso en ello menos puedo comprender...

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

NECROLOGIA.— LA SEÑORA PENCO. — BUGÍAS ESTEÁRICAS.

Con un triste acontecimiento inauguramos nuestra revista de hoy. En la mañana del 6 del corriente, y tras una corta aunque terrible enfermedad, falleció el digno gaditano D. Joaquin de Lara, secretario del Excmo. Ayuntamiento, y académico de la Provincial de Bellas Artes. Hombre de actividad suma, de inteligencia vasta, incansable en el trabajo, y celosísimo promovedor de todo cuanto pudiera redundar en provecho y gloria del pueblo que le vió nacer, el Sr. Lara unia á estas raras dotes las de un trato fácil y ameno, una intachable honradez, y un carácter franco, servicial y bondadoso. No es mucho si con tantas superiores cualidades gozase de la pública estimacion, y si su muerte haya sido para Cádiz un verdadero motivo de luto.

Por muchos años desempeñó la secretaría de la Junta provincial de Sanidad, acreditando en este difícil cargo las notabilísimas prendas que le adornaban, y cuando por consecuencia de nuevas disposiciones legales tuvo el Sr. Lara que dejar el expresado puesto, el Excmo. Ayuntamiento lo elijió para el cargo de secretario suyo, habiendo justificado plenamente en este nuevo destino las esperanzas que guiaron á la corporacion municipal en su nombramiento.

Era además vocal de la Junta provincial de Instruccion pública, en la que tanta parte tuvo en la creacion de nuestro instituto, individuo de la Comision de Estadística, y sócio de la Económica gaditana.

S. M. la Reina, en premio de sus servicios, le habia agraciado con la cruz de la Real y distinguida órden de Cárlos 3.º y con el título de Gefe de negociado de Administracion civil.

Su aficion á las letras le hizo tambien á veces escribir y publicar poesías del género festivo, al cual le llamaba irresistiblemente su índole, y para el que tenia excelentes condiciones. Sin embargo, ajeno siempre á toda pretension de poeta, miraba aquellos estimados productos de su ingenio como una mera distraccion del ánimo, ocupado de continuo en tareas de muy diferente especie. Las poesías por él leidas en el Ateneo gaditano, así como las publicadas en los periódicos todos de la localidad, fueron siempre recibidas con aplauso y general encomio.

El Sr. Lara ha fallecido en una edad temprana aun, y rica de esperanzas y de porvenir. Deja en la desolacion y en el dolor mas profundo á una numerosa familia, de la que era cariñosisimo padre; pero si hay algo en el mundo capaz de templar pesares tan hondos, sean de algun consuelo para su esposa y sus hijos las cordiales y espontáneas muestras de estimacion que nuestro amigo ha merecido en su muerte de un pueblo entero, que tal puede llamarse la concurrencia inmensa que acompañó á su cadáver á su última morada. No era aquel el vano y frecuentemente falaz homenaje que el mundo suele tributar en tales casos al poder, á la posicion social ó á la riqueza; no era un principio de adulacion á los vivos el que allí honraba las cenizas del muerto; era un sentimiento mucho mas digno, mucho mas noble el que reunia al rededor de aquel féretro á cuanto de más notable y escojido encierra nuestra poblacion, porque el Sr. Lara gozaba solo de una modesta medianía, fruto del ímprobo trabajo de una vida entera de afanes.

Nuestro buen amigo fué siempre profundamente religioso, y jamás una accion suya desmintió sus creencias de cristiano. Esperemos, por tanto, que el Dios de las misericordias le haya abierto las eternas puertas de las moradas celestiales.

Por mas que parezca violento el haber de descender desde las consideraciones de la eternidad á las que se refieren á este mundo de los vivos, ello es forzoso, porque tal es la condicion de una revista, la cual debe tomar á su vez el carácter de la sociedad á quien retrata. Ella, al ir al teatro ó al baile, vé al pasar por la calle los blandones que derraman su pavorosa luz sobre una caja mortuoria, y no por eso ceja en su camino: sigue hasta el baile ó hasta el teatro. No estrañen pues los que tal hacen, y esos son todos, que despues de haber arrojado una pobre flor sobre la tumba de un digno gaditano, digamos algo de la primera salida (ó sea *debut*) de la Sra. Penco, la cual tuvo lugar la noche del jueves 10 del presente.

Nuestros lectores, que ya saben el ansia con que en Cádiz se esperaba este acontecimiento teatral, comprenderán desde luego que el teatro apareció relleno hasta el último término posible, esto es, to-

© Biblioteca Nacional de España

do la que podia dar de sí la elasticidad de los cuerpos de los concurrentes.

Ejecutábase la *Norma*, y desde las primeras escenas pudo echarse de ver que el tenor Sr. Armandi se encontraba en uno de sus dias desgraciados, en uno de esos dias en que el dicho cantante aparece en contradiccion consigo mismo. No es culpa de su buena voluntad, pero el hecho es que una semejante circunstancia no puede menos de influir siempre en el éxito de las producciones, cualquiera que por otra parte sea el desempeño de los demás artistas. Una ópera no es un aria coreada, sino un conjunto de esfuerzos combinados; si uno de estos flaquea, los hombros de Atlante no serán poderosos á sostener por sí solos la produccion á su conveniente altura.

Nosotros no vamos aquí á juzgar á la Sra. Penco; ella viene juzgada ya por la Europa entera, que la ha colocado á la altura de sus mas eminentes artistas. Profanos además en el arte, solo nos es permitido exponer nuestras propias impresiones. Esta cantante posee una voz de agradable timbre, que maneja con una facilidad pasmosa; su agilidad de garganta sorprende y admira; los adornos que distribuye en su canto son del mejor gusto y perfectamente apropiados; su vocalizacion es perfecta, y dice con sentimiento é inteligencia. Como actriz sabe elevarse á la altura de las situaciones dramàticas, como lo demostró en el tercero final del acto segundo, donde tuvo arranques de gran trágica. Espresa, pues, con el gesto y canta con el corazon. Tal es nuestro modo de ver, de donde se deduce que hemos encontrado á la Sra. Penco no inferior á la fama de que goza. Nosotros creemos sin embargo, que por las causas antes apuntadas no ha podido desplegar en la *Norma* todo el lleno de sus facultades, todo el valor de su saber, y que aun nos falta no poco que admirar en ella.

Nuestra revista tiene ya aquí que tomar otro giro, si ha de llenar su mision de dar cuenta de todo. El siglo actual se ha llamado el siglo de las luces; pero nosotros entendemos que este nombre no solo le conviene en el sentido figurado de la expresion, sino tambien en el literal. Encontróse con velones, con candiles, con velas de sebo y, á todo tirar, con bugías de cera, y ha inventado el gas, y el aceite de schiste, y la estearina, la cual, generalizada hoy, ha venido á limitar el uso de la esperma de ballena á las solemnidades aristocráticas. Pues bien, Cádiz acaba de abrir una nueva senda á la industria, y en su seno existe ya una fábrica de bugías esteáricas por medio del vapor. Débese esta útil empresa á nuestro compatricio don Manuel María Soulé, el cual ha llevado á buen término la fabricacion de estos nuevos productos, no dejando sus bujías nada que desear, así en su tersura y trasparencia como en la brillantez de su luz.

Réstanos hablar de su condicion mas importante, que es la de la baratura, porque hay que tener en cuenta que el precio sigue la proporcion de la cantidad de estearina de la bugía, con lo cual no hay temor de recibir gato por liebre, lo cual es frecuente.

Felicitamos al Sr. Soulé por su realizado proyecto, deseando que sus bugías lleguen á difundir su luz por todas las cinco partes del mundo conocido, y que hasta los salvages de la Oceanía alumbren sus chozas con las bugías esteáricas de *La Gaditana*, que este es el título del nuevo establecimiento.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ADVERTENCIA.

Nos vemos precisados á hacer una aclaracion con respecto al *Almanaque enciclopédico español* para 1864, que hemos anunciado en los últimos números de LA MODA, á fin de evitar dolorosas interpretaciones. El Almanaque citado podrá remitirse *encuadernado* á principios de Enero próximo á todos los suscritores de *La Moda* que remitan á la administracion de Madrid el importe de 20 rs.; pero debe tenerse en cuenta que la encuadernacion de que hablamos en el anuncio, es *encuadernacion á la rústica, no en pasta como algunos han creido*; y basta convencerse de ello el considerar que la encuadernacion y franqueo del Almanaque enviándolo en pasta nos cuesta 13 rs. y medio. Concluimos pues, manifestando los precios del citado Almanaque segun sus diversas encuadernaciones.

Encuadernado en rústica.	20 rs.
id. . . . . en carton.	30 "
id. . . . . en pasta.	34 "

Y dos reales en cada ejemplar por razon del certificado.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ADVERTENCIAS PARA EL AÑO DE 1864.

Queda separado D. Rafael Fideaux del cargo de agente de La Moda en Cienfuegos, y nombrado en su lugar el Sr. D. Cesáreo Cuervo Arango.

Las causas que á tomar esta determinacion nos obligan, nuestros lectores las comprenderán.

Varias quejas recibimos de la falta de exactitud en el recibo de los números de La Moda en el interior de la Isla de Cuba, especialmente en Puerto-Príncipe y Rosario, y como sabemos que no consiste en el servicio de correos, por hallarse perfectamente desempeñado, rogamos á los señores agentes no demoren un momento el reparto, ni el dar aviso de las suscriciones nuevas que adquieran, cuidando de remitir á la agencia central de la Habana los fondos con la debida oportunidad, á fin de evitar las suspensiones á que esto pudiera dar lugar.

En el número próximo concluye el tomo XXII de La Moda Elegante Ilustrada y nos proponemos empezar el XXIII con la misma constancia y fe que tenemos demostradas, terminándolo de igual manera.

Suprimimos dar prospecto porque no variando en nada la marcha establecida, lo creemos innecesario.

Rogamos pues á los señores suscritores que terminan su abono, lo renueven con tiempo para el arreglo de la tirada. Les recomendamos la suscricion de año por ser la que mas ventaja ofrece, en razon á obtener un 30 por 100 de rebaja comparado con la de trimestres. Los abonos se hacen remitiendo libranzas ó letras de fácil cobro, á Don A. de Cárlos—Cádiz.

Los precios de la suscricion son los siguientes.

En Cuba, Puerto Rico, y Santo Domingo.		En España, Canarias y Portugal.		En Filipinas, Méjico, Rio de la Plata, Perú y Chile y demás Estados.	
Por un año. . . .	12 pfs.	Por un año	140 rs.	Por un año. . . .	15 pfs.
—Seis meses . . .	6 „	— Seis meses . . .	80 „	— Seis meses. . .	8 „
		— Tres meses. . .	45 „		
		— Un mes. . . .	15 „		

Deseando dar á nuestro periódico condiciones que lo pongan al alcance de todos, daremos además una edicion mas económica todavía, que se podrá obtener á los siguientes precios:—

—un mes 10 rs. vn.—tres meses 30—6 meses 50—un año 95.—

Las personas que se suscriban á esta no tendrán derecho á los figurines iluminados que se reparten. Esta será la sola diferencia entre ámbas —A esta edicion no se reciben suscriciones en América por menos de un año, al precio de **8 pfs.** en Puerto-Rico y Cuba, y **10 pfs.** en todos los demás Estados.

A todo el que quiera conocer esta publicacion se le remitirá un número gratis.

Tan luego como se termine la novela El Corsario Negro que estamos publicando, aumentaremos el número de figurines iluminados.

Desde 1.° de Enero, advertimos á nuestros suscritores, que no podemos atender reclamaciones por faltas que experimenten de los números de La Moda, en razon á que no procediendo de nosotros no es justo ni equitativo continuemos perjudicándonos del modo que hasta aquí.

Tenemos una oficina especial, perfectamente organizada, que no solo cuida del buen empaquetado sino de confrontar nombre por nombre con el libro matriz antes de ir al correo; de consiguiente las faltas que ocurran, volvemos á repetir, no proceden de nosotros.

Por cada número de lujo que se reclame se abonarán, al hacer el pedido, 4 rs., y si es económica 2 y medio.

Hemos hecho un convenio con una acreditada modista de París, para que desde 1.° del año próximo proporcione por una corta retribucion á nuestras suscritoras los patrones que damos mensualmente, ya cortados y arreglados de modo que no les ofrezca dificultad alguna confeccionar las prendas que les agraden ejecutar.

Muy pronto daremos mas detalles sobre este particular que lo creemos de mucho interés y economía. Diciembre 20 de 1863.

A. de Cárlos.

© Biblioteca Nacional de España